

COLABORACIÓN ESPECIAL

# Instrucciones para vivir en México

PEDRO ÁNGEL PALOU

Una de las cosas que más asusta es el divorcio entre la *intelligentia* y la vida—cualquiera de sus formas sirve aquí: el profesor universitario, el articulista, el politólogo, el comunicador venido a editorialista, hasta el político. Porque el impulso vital, cualquiera que sea, depende del país o del tema, del momento o de ciertas circunstancias, se escapa hoy a los sesudos análisis de escritor: es una emergencia, una erupción en el cuerpo agrietado de la realidad: una pústula, un barro, un pequeño volcán.

O mejor, un tumor. La realidad que ven los analistas que hemos mencionado y que ellos siguen llamando Verdad, con mayúsculas, depende de un lente que sirvió los siglos pasados, y que también se traduce en una palabra con mayúsculas: Historia, Patria, Unidad, Individuo, Democracia, Estado de Derecho.

Se trata de categorías que no sirven en lo más mínimo para entender, acaso por contigüidad la cambiante realidad de nuestros días, su fuerza y su multiplicidad.

Vivimos, por ejemplo, en la época de lo epidérmico, de lo sentimental. Lo racional ha quedado atrás, un fantasma bastardo de Voltaire y la Revolución Francesa. Estamos en una de esas sociedades que Emil Durkheim bautizó y que nosotros en correcto español podemos llamar plañideras. Nuestras lágrimas por la última vez que perdió la selección, por el terremoto en China, por el petróleo o lo que sea son lo único que nos hermana.

Por eso también somos una sociedad de sospechosistas —y de culpabilistas, y de victimización permanente de la realidad. Porque una sociedad plañidera es una sociedad que se ofende. Vivimos permanentemente ofendidos: por el cambio climático, por los insultos a Obama, por la manera en que se conducen nuestros políticos, por los yates de los líderes sindicales (el nombre, no me lo nieguen es para morirse de risa, *El Indomable*), y un largo etcétera que no viene a cuento.

Somos, también, y eso sí que está relacionado una sociedad ya no sólo espectacular—como decía Guy Debord— sino dependiente del escándalo. No existen noticias, no existe lo cotidiano, no importa la rutina, todos volteamos la cabeza con la epidemia semanal, el escándalo en turno develado en un programa de radio matutino, en la columna de un periódico bajo reserva, o en la declaración de un enemigo político que tiene pruebas, fotos, videos, contratos, que nos incriminan para siempre. El villano en turno es la

víctima propiciatoria, tan necesaria en esta sociedad juvenil.

Carlos Fuentes llamó a nuestra democracia la democracia niña. El término hubiese sido atinado si los actores de nuestro teatro democrático fueran inocentes o se hubiesen estrenado con nuestra mal llamada normalidad democrática. Hace falta sólo hacer una lista de los 10 políticos que usted recuerde para saber que se trata de viejos sobrevivien-

tes de nuestro pleistoceno político. Pensar que representan el cambio sería como decir que en Rusia Vladimir Putin es un santo.

Nuestra democracia adolescente, prefiero llamarla yo: informe, descuadrada, carísima, con la que no sabemos qué hacer ni para qué nos sirve. Revise usted, por ejemplo, el costo económico de los “órganos de transparencia”, escaparates más bien traslúcidos en nuestro país. Muchos de ellos ni siquiera se someten a auditoría. ¿Quién audita al auditor? ¿Quién juzga al juzgador?

La Suprema Corte es en ese sentido uno de los poderes más anquilosados. Nuestros ministros no han sabido estar a la altura de las circunstancias. No se les ve, por ejemplo, codo a codo con el Poder Ejecutivo en el combate frontal al narco, la que podemos llamar sin empacho la nueva guerra de México (¡han decidido ser neutrales!, me pregunto. Valdría la pena un juez Garzón sentado entre sus miembros!). Pensemos en el tema del aborto o el derecho al cuerpo y el retroceso monumental de muchas legislaturas locales, entre ellas las de mi estado, Puebla, en la materia. ¿Alguien habla en serio, por ejemplo, del divorcio? En Francia se casan alrededor de 160 mil personas al año y se divorcian ¡150 mil al año!, cifra desproporcionada que me hace pensar que esta generación erró del todo y debería regresar a la unión libre. Demasiado papeleo de un lado y de otro, demasiada burocracia para justificar un contrato social que se rompe pronto, incluso en grupos religiosos como los musulmanes. Y, obviamente, los católicos.

Lo que no deja de impresionar es cómo en esta república de igualdad, libertad y fraternidad una juez puede anular un matrimonio por una causa tan absurda hoy día como la virginidad —femenina, además, la otra cómo comprobarla—, aunque el tribunal unitario que la dictó se defiende diciendo que es contra la mentira de la mujer, no contra la virginidad misma contra la que se ha pronunciado. ¿Y en México? Ni siquiera tenemos datos.

Me encantaría ver opinar entre resoplidos



|                     |                            |              |
|---------------------|----------------------------|--------------|
| Fecha<br>27.12.2009 | Sección<br>Primera-Opinión | Página<br>16 |
|---------------------|----------------------------|--------------|

de asma al ministro Ortiz Mayagottia sobre el caso si se diera en nuestro país de la misma manera en que discute inútilmente la inconstitucionalidad de la ley del ISSTE mientras piensa en una de las frases más célebres de nuestro pasado reciente: “Ya nos saquearon, no nos volverán a saquear”, que se ha fijado en el imaginario mexicano con la misma fuerza que “el chupacabras” o que la diminuta cintura de Thalia.

Pero como los mexicanos olvidamos rápido, también, y perdonamos con velocidad siempre y cuando haya un nuevo sacrificio, una nueva inmolación que nos redima, entonces nada importa. Lo digo, por supuesto, por un tema cercano al que trato esta semana, en nuestro caso la polémica sobre la ley que libera el aborto y que tiene en sus manos, precisamente, ese cuerpo de notables minis-

tros que ya llamamos la “tremenda” Corte, como en el célebre radial de *Tres Patines*.

¿Y las mayorías, razón de ser de las democracias —y las minorías, razón de ser de un régimen pluripartidista y del carácter representacional de la misma?—: bien gracias, habremos de respondernos no sin sorna. Ni quien las pele, pues. ¿Dónde estuvieron en el debate petrolero, durmiéndose enfrente de la pantalla gigante del Monumento a la Revolución mientras habla Lorenzo Meyer? ¿Dónde en el cierre de Luz y Fuerza? Esos ronquidos son quizá la mejor respuesta: mientras la *intelligentsia* discurre el país vive, por su cuenta, en medio de la miseria, la violencia cada vez más extrema y con una palabra, esperanza, casi obsoleta en su diccionario personal.

*Escritor*